





Título de la obra:
Cheyenne Mountain, Colorado Springs
USA

Autor:
Jorge Atehortúa Posada

Año:
2016



MARÍA CLEMENCIA
SÁNCHEZ

Universidad Pontificia Bolivariana
mariacl.sanchez@upb.edu.co

EL NARRADOR DEL NUEVO MUNDO

El mundo se está muriendo y no lo notamos.
Olga Tocarczuk





Apenas el año pasado, por primera vez, la academia sueca del Premio Nobel concedía en un solo año los dos premios correspondientes a 2018 y 2019 en la categoría de Literatura. Asuntos relacionados, al parecer, con corrupción dentro de la prestigiosa institución dejaron temporalmente desierta la versión de 2018 que, no obstante, dio una ganadora premiada junto con el escritor elegido a su vez para el año de 2019. La joven escritora polaca Olga Tocarczuk y el ya consagrado escritor austriaco Peter Handke recibieron el premio respectivamente en la misma ceremonia tradicional conferida por la organización filantrópica. Apenas el año pasado algo parecía anunciarnos que muchas cosas dejarían de ser y estar a la manera en que venían siendo y que el mundo, como después de la Segunda Guerra Mundial, no volvería a ser el mismo. Este año que transcurre –penoso entre las imágenes inéditas de una pandemia universal– podría ser el primero en que se entregue de manera virtual el Premio Nobel en todas sus categorías. Seguramente así será y será además el primer año en que asistimos, de manera virtual, a todo lo que dábamos por sentado en el acto puro y hoy extrañado de la alteridad.



De repente un día los otros, nuestros estudiantes, amigos, colegas, conocidos y familiares se volvieron una imagen en la pantalla de nuestros computadores y dispositivos digitales. La posibilidad de volvernos a relacionar ya no mediados por plataformas hechas de virtualidad parecía cercana en el inicio de la pandemia, porque asumimos que el mundo estaría aún allí donde lo habíamos dejado temporalmente: en nuestras oficinas, en la cafetería, en la librería, en el supermercado, el escritorio, el restaurante, el bus, el cine. Esa posibilidad es hoy cada vez más incierta y parece dirigirse en el sentido de un aplazamiento indeterminado que nadie sabe señalar con precisión. El rostro de la ciencia se posa adusto y callado ante nosotros que, parecemos preguntarle con ansiedad por una fecha que el futuro guarda en el incierto calendario del tiempo por venir.

En su discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura, Olga Tocarczuk refería un mundo ya consumado por la virtualidad y el desplazamiento de la alteridad hacia formas cada vez más impersonales, derivadas del desarrollo totalizante del Internet. En su bello e inquietante discurso titulado “El narrador tierno”, la escritora polaca construía una reflexión enigmática que hoy parece encontrar su claridad porque revela el sentido de aquello que, entre el título y aquella frase lapidaria de “el mundo se está muriendo”, nos abría, no obstante, un panorama de esperanza: el narrador tierno es aquel que hoy es capaz de superar los impulsos megalómanos del relato anecdótico centrado en el yo, para dar paso a un narrador que, ubicado por fuera de todo, es capaz de unir lo que está disperso en el mundo: las

cosas, los nombres que alguna vez tuvieron las cosas, los animales y los ríos, las generaciones y las épocas, las naciones y los imperios, los sueños y los objetos que forjaron esos sueños. Ese narrador, parece decirnos Tocarczuk, podría volvernos a contar la historia del nuevo mundo al que asistimos hoy, un mundo desarticulado, paradójicamente, por las trampas de la virtualidad. Dice Tocarczuk:

No vemos que el mundo se está convirtiendo en una colección de cosas e incidentes, una extensión sin vida en la que nos movemos perdidos y solitarios, arrojados aquí y allá por las decisiones de otra persona, limitados por un destino incomprensible, una sensación de ser el juguete de las principales fuerzas de la historia o el azar. Nuestra espiritualidad se está desvaneciendo o se está volviendo superficial y ritualista. O bien, nos estamos convirtiendo en seguidores de fuerzas simples: físicas, sociales y económicas que nos mueven como si fuéramos zombis. Y en un mundo así somos realmente zombis.

Si la inspiración original de Internet coincide con ideas clásicas que prepararon la Ilustración francesa y el pensamiento moderno que daría lugar a una democratización del saber, hoy asistimos a una triste constatación según la cual esa inspiración humanística ha declinado en favor del poder económico por cuanto Internet es, en efecto, una poderosa arma de control tanto para fines comerciales como para fines políticos. Esto sin mencionar que en el mejor de los casos una población privilegiada tiene acceso a Internet, en oposición a una mayoría marginada y pobre que sigue por fuera del imperio informativo y descomunal. De acuerdo con Tocarczuk, Juan Amos Comenius es uno de los nombres olvidados en el corpus de autores

que consolidaron una época que bien podríamos llamar de para-Ilustración, toda vez que se trata de autores que, un siglo antes de la Revolución francesa, escribían acaso sin saber, los principios humanistas sobre los cuales se erigió el proyecto ilustrado que iría de la mano de la empresa enciclopédica y de la declaración de los derechos del hombre. Más conocido por sus aportes como pedagogo, fue Comenius quien propuso la idea del pansofismo, o un modo prefigurado de Wikipedia. Dice Tocarczuk que el pansofismo que proponía Comenius es “[...] la omnisciencia potencial, el conocimiento universal que contendría en él toda la cognición posible (...) un sueño de información disponible para todos”. Y, a renglón seguido, se pregunta Tocarczuk: “¿El acceso a los hechos sobre el mundo no transformaría a un campesino analfabeto en un individuo reflexivo consciente de sí mismo y del mundo?”.

El modo o la manera pansófica, viejo sueño de Comenius, sigue siendo una aspiración de la humanidad, pero no una realidad, aunque creamos que por tener a la mano siempre a Wikipedia, sabemos más del mundo. Acaso, diríamos, hoy sabemos menos del mundo, porque hemos concebido el mundo actual como una suma de datos, datos además con imágenes y fotos y con blogs escritos por un yo-personaje y narrador de sí mismo que publica sus aventuras en algún lugar del mundo y nos muestra “su mundo”. Pero no es el mundo del saber total que soñó el pedagogo nacido en el reino de Moravia a finales del seiscientos, porque el pansofismo no es a la manera de las taxonomías o las clasificaciones, sino una manera de unir todo aquello que compone el mundo por medio del mito. Hoy tenemos una tecnología capaz de conectarnos, aunque estemos mediados por distancias inconmensurables, pero no tenemos



el lenguaje del mito que pueda unirnos en esa distancia reducida por la tecnología. Dice en este sentido Tocarczuk que “[...] todo el mundo sabe que los mitos nunca sucedieron realmente, pero siempre están sucediendo”. Acaso nos está recordando la escritora polaca un hecho que sabemos desde Homero hasta hoy: lo que estructura en realidad a las sociedades son los mitos sobre los cuales se funda la ilusión de aquello que, aunque no sea verdad, se nombra. Se nombra o se narra. Hay que narrar el mundo para mantener el mito de que algo en verdad existe como fuerza común dada entre todos los hombres del mundo y de todas las épocas. Así lo expresa bellamente la joven escritora premiada en 2018:

Hoy nuestro problema radica, al parecer, en el hecho de que todavía no tenemos narraciones listas no solo para el futuro, sino incluso para un ahora concreto, para las transformaciones ultrarrápidas del mundo de hoy. Nos falta el lenguaje, nos faltan los puntos de vista, las metáforas, los mitos y las nuevas fábulas. Sin embargo, vemos intentos frecuentes de aprovechar narraciones oxidadas y anacrónicas que no pueden encajar en el futuro, sin duda suponiendo que algo viejo es mejor que una nada nueva, o tratando de lidiar de esta manera con las limitaciones de nuestros propios horizontes. En una palabra, carecemos de nuevas formas de contar la historia del mundo.

Esta postura crítica, al parecer desoladora, propone, paradójicamente, un horizonte para la palabra en tiempos del imperio del Internet. Esta crítica explícita que propone Tocarczuk va dirigida, sin duda, al consumo de series en plataformas comerciales en Internet, porque de manera concreta lo que han hecho estas series es desarticular más un mundo que ya está desarticulado. Su estrategia, ante la falta de lenguaje, es la del *remake*. Sí, rehacer mitos, pero dispuestos en forma fácil de modo que aquel que los consume viva un momento de éxtasis o catarsis, pero no de conexión. De eso se trata, de poner a vivir a las personas vanos y efímeros paroxismos provocados por efectos especiales en las imágenes y los sonidos, pero desconectados por completo del mundo real al que pertenecemos. Si la ciencia se ha fatigado en demostrarnos que somos “un sistema de influencias mutuamente coherente y densamente conectado” y que todos, “personas, plantas, animales y objetos”, compartimos el hecho de que nos rigen las leyes de la física y estamos interconectados por sistemas que se replican y se asemejan en su fluir interno, *verbi gracia*, “nuestro sistema cardiovascular, una cuenca fluvial, la estructura de una hoja, el movimiento de las galaxias”, entonces el lenguaje que expresa en el nivel imaginativo ese mismo modo de interconexión, debería fluir como el mito, imperceptible a las formas del tiempo, pero activo en el imaginario compartido que nos sostiene como humanidad.

El mundo es una mole abstracta de cosas puestas ahí sin ninguna función ni relación con cada uno de nosotros, pero solo hasta ese momento maravilloso en que le damos un nombre a las cosas, a las personas, a los animales, a los lugares y los ponemos en una jerarquía ejercida por el afecto y la memoria. El mundo deja de ser una mole abstracta de cosas desconectadas hasta que son narradas, hasta que el lenguaje las dispone en el espacio y el tiempo y les da, además, una interlocución con el mundo más abyecto y lejano, más ignoto y distante. Seamus Heaney, el poeta irlandés, Premio Nobel de Literatura en 1995, ha dicho que ese tiempo, previo al lenguaje que jerarquiza el mundo y lo conecta por medio de la narración, es el mundo del caos. Así lo expresa en su discurso de recepción del Nobel:

De allí salía un cable que entraba a la cocina por un agujero de la ventana y penetraba luego a nuestra radio. Una sucesión de sonidos incomprensibles se convertía, de pronto, en las palabras de un locutor de la BBC transmitiendo las noticias —algo inesperado, como un deus ex machina [...] En otras palabras, los tiempos de la guerra fueron nuestros tiempos pre-reflexivos, pre-literarios, y de cierto modo pre-históricos. Más tarde, y esto sucedió con los años, comencé a escuchar mejor y trepándome en el brazo de un gran sofá acercaba mi oído al parlante de la radio. Pero aún no me interesaban las noticias tanto como los relatos, siendo mis favoritos la serie sobre Dick Barton, agente secreto británico, y las divertidas historias del héroe de la Fuerza Aérea británica, basadas en las novelas de W. E. Johns. Para entonces todos habíamos crecido y visitábamos con frecuencia la cocina y yo me acercaba al radio concentrándome para escucharlo. Así en ese intento aproximativo al dial, me familiaricé con los nombres de estaciones extranjeras: Leipzig, Oslo, Stuttgart, Varsovia y por supuesto, Estocolmo.

Este es uno de los pasajes más bellos de los recientes discursos de recepción del Premio Nobel, a mi manera de ver, porque me permite ver la transformación del niño que oyó por primera vez la palabra Estocolmo en los tiempos pre-reflexivos, pre-literarios y pre-históricos de la guerra hasta llegar, siendo ya un nombre, a contar esta historia ante una audiencia en Estocolmo. El paso de esa ciudad oída como mero nombre al paso de esa ciudad vista años después, da cuenta de aquello que hemos venido indicando en este texto: el mundo debe ser narrado (poetizado, diría Seamus Heaney) para que deje de ser desconexión, suma de nombres y objetos dispersos, ajenos a quien los ve o los oye. En la perspectiva altamente imaginativa del poeta irlandés, se trata del paso del tiempo pre-reflexivo al tiempo de la reflexión, del paso del tiempo pre-literario al tiempo de la palabra en la imaginación y es también el paso de la pre-historia al tiempo histórico. Este último aspecto, me parece que tiene un valor excepcional en lo retórico, pues el radio nos parece hoy un objeto jurásico propio de la prehistoria. Pero tiene, además, un valor simbólico por cuanto la historia es narración en tanto que la prehistoria es un registro del tiempo sin la ayuda del lenguaje escrito. Tener historia es hacer lenguaje, inscribirse en el tiempo y el espacio de una época. El caos del mundo le llegaba a este pequeño niño que se esforzaba por alcanzar la voz que salía de esa caja mágica en la que cabían tantas voces de tantas lenguas y de tantas lejanías. Para Seamus Heaney, irlandés que vivió a través de un radio la Segunda Guerra Mundial, y que luego vivió en su país la guerra de manera directa con los ingleses, por asuntos esencialmente religiosos y en cierta forma raciales, la guerra que escuchó no es la misma que ahora vivía sin la mediación de un objeto impulsado por ondas electromagnéticas. El mundo para él había dejado de ser caos para convertirse en su relato del mundo:

Sintonizando diferentes emisoras abandonaba la onda de la BBC a favor de Radio Eireann y retornaba al tono familiar de Dublín, para luego reemplazarlo por el acento londinense sin comprender que allí se daban mis primeros contactos con las sílabas y consonantes guturales de los idiomas europeos; así me habitué a escuchar fragmentos de noticieros hablados en diversas lenguas extranjeras que me permitieron iniciar mi recorrido por la vastedad del mundo. Éste, más tarde, se convertiría en un itinerario por la inmensidad del lenguaje, un recorrido en donde cada punto de llegada —no importa que fuera a través de la poesía de uno, o de la vida misma—, resultaba ser un puente y no un destino, y asombrosamente este viaje me ha traído ahora a un sitio de honor.

El sitio de honor, sin duda, al que se refiere Heaney es Estocolmo y el escenario sobrio y solemne en el que se le reconoce ahora como uno de los grandes poetas del siglo XX. Me siguen pareciendo de una belleza excepcional estos fragmentos del discurso del poeta irlandés porque tienen, entre otras cosas, una conexión maravillosa con aquello que expresaba Tocarczuk: *el mundo se está muriendo y no lo notamos*. Este mundo que nos cuenta Heaney no muere, no está muriendo porque está siendo narrado, ha sido narrado y, además, ha sido poetizado. Es lenguaje sacado del mundo real y puesto de nuevo en el mundo, pero como revelación, como ejercicio imaginativo que nos permite una suma

“
Entre
más pienso,
más debo
amar.
La razón
aclara
el mundo,
pero
el amor
lo salva.
”

de conexiones infinitas, unas relaciones de pensamiento que expanden el mundo y lo aclaran. Sí, el lenguaje que transita del caos a la imaginación salva el mundo e impide que se mueva. De hecho, el filósofo francés Michel Serres, en su inquietante ensayo “¿En el amor somos como las bestias?”, había sugerido una idea en torno al amor que, en cierto modo, enterraba trescientos años de pensamiento racional. En su exploración sobre las limitaciones del cuerpo humano justamente en torno al amor, y en sus exploraciones sobre las posibilidades inimaginables de la experiencia amorosa en los animales, concluía Serres lo siguiente: “Entre más pienso, más debo amar. La razón aclara el mundo, pero el amor lo salva”.

Creo que ese niño que escuchaba las noticias de la guerra por la radio estaba en verdad tratando de configurar un lenguaje para describir un sufrimiento o un dolor que él presentía en esa mole de palabras ajenas y propias que les llegaba a sus oídos. Su conexión no era con los datos, bastante difusos de hecho, sino con una realidad que él, en su confusión, intentaba ordenar para poner ese mundo de afuera en su mundo de adentro. Al hacerlo, configuró una historia personal hecha con las noticias de dolor de otros, a quienes nunca les vio el rostro o conoció sus nombres, pero en su esfuerzo por aclarar el mundo nos deja, a todos, un relato que nos une más allá del tiempo y del espacio.

Tal vez se trata de eso simplemente: de encontrar el relato que nos une al mundo o narrar el mundo para pertenecer a él. Pienso en un hombre irlandés que nació un poco antes de que iniciara la Segunda Guerra Mundial y pienso en los años en que yo todavía no había nacido y él ya escribía poemas y transitaba en su país los estragos de la guerra contra los ingleses. Yo vivo en un país en guerra que no ha conocido la paz en ninguna de las generaciones con las que interactúo en mi vida diaria. He estudiado por curiosidad los detalles de esa guerra entre irlandeses e ingleses, guerra que duró 29 años, 6 meses y 2 días y ese tiempo me parece tanto y me parece tan poco, porque al intentar compararlo con la guerra en mi país, esa guerra es solo un pestañeo del tiempo. Sin duda, se trata de eso simplemente: de escuchar el relato de los otros para consolar la espera propia en la revelación o en la liberación de

una época de particular opresión. No obstante, esa transformación de los otros en nosotros es exactamente lo que llamamos alteridad, esa experiencia que Internet desapareció sospechosamente para dar lugar a los falsos mitos. Asistimos, pues, al tiempo de los *fake news* y de irrealidades que nos venden como la verdad de la realidad. Es decir, la realidad ha sido suplantada por series de televisión hechas de lenguajes fáciles y eventos poco loables de una saga de pálidos pseudo-héroes. Tiempos extraños, diseñados para aislar a las personas y hacerles creer que la red puede reemplazar incluso la presencia humana y al mundo mismo. Justamente, en su discurso de recepción del Premio Nobel, Olga Tocarczuk dejó una propuesta literaria que consiste en la creación de un narrador que ella llama “el narrador tierno” y que se materializa a través de una voz narrativa que ella denomina la “Cuarta persona”:

[...] sueño con un nuevo tipo de narrador: una “Cuarta persona”, que no es simplemente una construcción gramatical, por supuesto, sino que logra abarcar la perspectiva de cada uno de los personajes, además de tener la capacidad de paso más allá del horizonte de cada uno de ellos, que ve más y tiene una visión más amplia, y que puede ignorar el tiempo. Oh sí, creo que la existencia de este narrador es posible. ¿Alguna vez te has preguntado quién es el maravilloso narrador de historias en la Biblia que grita en voz alta: “En el principio era la palabra”? ¿Quién es el narrador que describe la creación del mundo, su primer día, cuando el caos se separó del orden, quien sigue la serie sobre el origen del universo, quien conoce los pensamientos de Dios, es consciente de sus dudas y con un mano firme establece en papel la increíble frase: “¿Y Dios vio que era bueno”? ¿Quién es, quién sabe lo que Dios pensó?



Creo que esta propuesta, sutilmente sugerida para los nuevos narradores, supone no solo una postura literaria sino, además, una postura ética porque esa cuarta persona ha superado el afán del yo que nos quiere contar su vida, su mundo, pero no la vida ni el mundo. Esa cuarta persona, es el narrador tierno, aquel narrador capaz de devolvernos al mundo de un modo tal que podamos valorar eventos, personas y hechos que parecen poca cosa y que son en verdad lo único que nos debería importar. Sobre todo, ahora, que asistimos a posibilidad inminente de hechos fatales e irreversibles creados por la postura excesivamente racional y no amorosa del hombre desconectado del mundo. Mientras escribo estas líneas, me entero de que una porción del Amazonas brasileño ha desaparecido y ha sido arrasado por empresas multinacionales que, en un afán invasivo y comercial, han dado lugar a un territorio desértico del tamaño de España. Pronto podría quedar devastado todo ese territorio esencial que tantas veces hemos llamado, a manera de cliché, “el pulmón del mundo”. Y me pregunto: ¿Qué tiene que ver ese dato conmigo, si vivo tan lejos de esa geografía? El narrador tierno tendría la capacidad de narrar mi relación con esa geografía distante de tal modo que me conecte con ella y me recuerde que pertenezco a un todo, no por razones pragmáticas, sino por razones del amor, pues solo el amor salva el mundo.

La función del narrador tierno (por medio de la cuarta persona) reconfigura la función del mito en nuestro tiempo que carece de mitos o, al decir de Tocarczuk, de un lenguaje que nos permita renombrar el mundo. La función de esa forma narrativa cercana al anhelo totalizante del pansofismo, tiene, entre otras cosas, la tarea de abrir posibilidades y de impedir que el mundo muera ante la falta de quien lo narre.



Entonces leo en la prensa una noticia del día: “En las trochas de la zona fronteriza se encuentran los cadáveres de los migrantes que nunca pudieron llegar. Edwin López, un cucuteño con una pequeña funeraria, es quien se encarga de recogerlos y darles un trato digno”. A la manera pansófica, este hecho, al parecer aislado, debería dejar de ser un dato, una noticia más, inconexa y suelta, para tornarse en un evento que desencadene en una serie de relaciones de tal forma que en ella se revele algo del mundo y el mundo aparezca de nuevo allí. La función de este nuevo modo de narrar el mundo no promete una realidad nueva ni posa de realidad ni suplanta la realidad. Al contrario, lo que se revela es una posibilidad que no habíamos considerado, un pliegue de opciones que hace más vasto aquello que llamamos llanamente el mundo. En este sentido, dice Olga Tocarczuk:

En el Doctor Faustus, Thomas Mann escribió sobre un compositor que ideó una nueva forma de música absoluta capaz de cambiar el pensamiento humano. Pero Mann no describió de qué dependería esta música, simplemente creó la idea imaginaria de cómo podría sonar. Quizás en eso se basa el papel de un artista: dar un anticipo de algo que podría existir y, por lo tanto, hacer que se vuelva imaginable. Y ser imaginado es la primera etapa de la existencia.

Lo que resulta conmovedor de este pasaje es en verdad la posibilidad de lo posible, no los mundos posibles que nos abre la virtualidad de Internet y el mundo digital. Al contrario del mecanismo de ser del saber en la era digital, lo que nos muestra la nobel polaca en ese fragmento, a propósito de la novela de Thomas Mann, no es algo cierto, sino algo que podría existir solo con nombrarlo. Como si nos dijera, sutilmente, en la palabra que nombra lo imposible ya está lo posible. No sobra, sin embargo, insistir en el hecho de que el modo pansófico que sería el modo de ser del saber del narrador tierno, no anhela lo imposible como evidencia del triunfo de la razón, sino que anhela lo posible como evidencia del triunfo del amor, del amor que es capaz de mirar al mundo en su abandono, en sus despojos y tragedias. El narrador tierno mira el mundo con compasión y, por eso, todas las conexiones son posibles, todo es posible. De allí que la propia escritora polaca sintiera, como el pequeño Seamus Heaney, que a través de un radio el mundo le hablaba de todo:

Mi madre está sentada al lado de nuestra vieja radio, como esas que tienen un ojo verde y dos diales, uno para regular el volumen y el otro para encontrar una estación radial. Esta radio luego se convirtió en mi gran compañera de la infancia; de ella aprendí sobre la existencia del cosmos. Al girar una perilla de ébano, los delicados sensores de las antenas se movieron y en su alcance cayeron todo tipo de estaciones diferentes: Varsovia, Londres, Luxemburgo y

París. A veces, sin embargo, el sonido fallaba, como si entre Praga y Nueva York, o Moscú y Madrid, las antenas de las antenas tropezaran con agujeros negros. Cada vez que sucedía eso me temblaba la espalda. Creía que a través de esta radio diferentes sistemas solares y galaxias me hablaban, crepitan y chirriaban y me enviaban información importante.

El narrador tierno surge de una cuarta persona que ha superado la tentación obsesiva del yo desarticulado y megalómano de nuestro tiempo para dar paso, tal vez, a aquello que el poeta nadaísta, Jota Mario Arbeláez, reconoció recientemente como la verdadera función que cumplen las memorias literarias. Cuando en 2002 publicó su autorrelato titulado *Nada es para siempre*, al parecer algún lector de su columna habitual del periódico *El Tiempo* le preguntó, no sin la suficiente ironía: “Y a quién va a importarle tu puta historia”. A lo que el poeta colombiano respondió hace solo un par de días en su más reciente columna titulada “Contar la vida”. Dice Arbeláez:

No hay que limitarse a contar lo que uno ha vivido, sino lo que ha visto vivir. Las penas de un pueblo. Las horribles matanzas y latrocinios. Las injusticias. Delatar, denunciar, evidenciar a los criminales de guerra y contra la paz, así la justicia no ponga bolas. Algún día el tribunal supremo castigará. Y hasta de pronto los tribunales humanos. Todo es posible.

Referencias

- Arbeláez, Jota Mario. "Contar la vida". Recuperado en: <https://www.eltiempo.com/opinion/columnistas/jotamario-arbelaez/contar-la-vida-columna-de-jotamario-arbelaez-518046>
- Heaney, Seamus. The Nobel Foundation, 1995. Recuperado en: <https://www.ersilias.com/discurso-de-seamus-heaney-al-recoger-el-premio-nobel-de-literatura-de-1995/>
- Serres, Michel. *¿En el amor somos como las bestias?* Vol. 12. Ediciones AKAL, 2005.
- Tocarczuk, Olga. The Nobel Foundation, 2019. Traducción del inglés de W-Magazín. Recuperado en: <http://wmagazin.com/relatos/la-nobel-de-literatura-olga-tokarczuk-reivindica-la-ternura-para-mejorar-el-mundo-la-vida/#el-narrador-tierno>

